

testigo atento y á menudo contristado de las dificultades que sin cesar surgían, el cual aquel mismo día escribió á su jefe una carta respetuosa, pero enérgica, permitiéndose recordarle lo que éste parecía haber olvidado: «Señor mariscal, le decía, he cooperado á la formación del ejército de Oriente y he presenciado los retardos que á ninguna voluntad ni á poder alguno es dado abreviar... Aún no tenéis la artillería; los ingenieros no cuentan con la tercera parte de sus medios de transporte; el tren es insuficiente, hasta para conducir vuestras ambulancias; vuestros almacenes están todavía vacíos y vivís al día; y los buques llegan con enormes retrasos y han de regresar á Francia para traer el complemento de las fuerzas y de los víveres... Formar una nueva base de operaciones aún más lejos de Francia, al alcance de las empresas del enemigo, y en un país arruinado, es correr á un desastre. Vamos á pasear nuestras banderas por las llanuras del Danubio y nos veremos obligados á hacerlo sin caballería, teniendo enfrente una caballería numerosa, con una artillería incompleta y con fuerzas de todo punto insuficientes... *Vamos á hacer lo que más pueden desear los rusos* (1).»

El mariscal estaba todavía en Constantinopla cuando recibió, en la noche del 25, esa carta escrita con tan laudable sinceridad y que contenía pronósticos acaso demasiado sombríos; el 26 hallábase de regreso en Gallípoli y le bastó una corta inspección de sus almacenes y de sus arsenales para comprender cuán temerario sería entrar inmediatamente en campaña. Disipóse el ardor bélico que durante unos días le había dominado, y después de una conferencia con los generales Canrobert y Martimprey y con el coronel Trochu, recién llegado de Francia, fué abandonado el plan de Schumla. El mariscal Saint-Arnaud ya no tuvo más que una preocupación, á saber, desligarse del compromiso contraído con los ingleses; y luego, en una carta al emperador le manifestó que había desistido de su propósito, y para justificar estos cambios de opinión reprodujo, acentuándolos, todos los argumentos que poco antes le había presentado su jefe de estado mayor.

La organización era todavía demasiado imperfecta para que pudieran emprenderse grandes operaciones militares á larga distancia, pero estaba bastante adelantada para que el ejército no se inmovilizara en Gallípoli; por otra parte, todos los días arribaban buques procedentes de Francia ó de Argelia, que conducían artillería, municiones, caballos, efectos de equipo que, aunque llegaban sin orden ni concierto, al fin y al cabo llegaban. El mariscal, volviendo á encariñarse con una combinación en la que su pensamiento tornadizo ya se había fijado antes, pensó en hacer avanzar su ejército hasta el pie de las vertientes meridionales de los Balcanes y distribuir sus tres divisiones entre Karnabad, Aídos y Burgas; pero esta combinación no fué del agrado de los ingleses ni tampoco aceptada en París, y en el entretanto el mismo Saint-Arnaud se disgustó de ella. Descartado este proyecto, tomóse la resolución de marchar sobre Varna, no para emprender operaciones inmediatas, como en el plan de Schumla, sino para aproximarse al teatro de la guerra. Esta decisión no tardó

(1) Carta sacada de los documentos inéditos del general de Martimprey.

en ser puesta en práctica: la primera división partió por mar; la tercera se dirigió por tierra á Constantinopla, en donde se embarcó; la segunda, ó sea la división de caballería, los ingenieros y la artillería, tomaron el camino de Andrinópolis. La cuarta división, llamada de reserva, que había dejado una de sus brigadas en el Pireo, permaneció provisionalmente en Gallípoli; y en cuanto á la quinta, acababa de salir de Marsella. Antes de fines de junio, el cuartel general francés estaba instalado en Varna, en donde se habían concentrado también las fuerzas inglesas. Dejábase á los turcos el cuidado de defender los Balcanes, en tanto que desde Varna los aliados amenazarían el flanco izquierdo del enemigo, que seguramente no tardaría en apoderarse de Silistria y que, una vez dueños de esta plaza, invadiría el Imperio otomano.

Pero estaba escrito que los ejércitos aliados no medirían sus armas con los rusos en el territorio de Turquía; en efecto, el 25 de junio el mariscal Saint-Arnaud, á su regreso de Constantinopla, supo la más sorprendente de las noticias: durante la noche del 22 al 23 los rusos habían levantado el sitio de Silistria, quedando, por consiguiente, libertada esta ciudad. El suceso pareció tan extraordinario, que al pronto no se quiso darle crédito, suponiendo que aquella retirada ocultaba algún ardid ó que los rusos volverían á ocupar sus posiciones delante de la plaza. El día 3 de julio practicóse un reconocimiento hasta Hirsova, y se supo de una manera indudable que el ejército enemigo, no sólo había levantado el sitio y repasado el Danubio, sino que además se replegaba sobre el Pruth y evacuaba los Principados. Con estas noticias la sorpresa subió de punto: por muy valientemente que se hubiesen portado los defensores de Silistria, ¿era posible que el esfuerzo de un ejército tan poderoso se hubiera estrellado contra aquella miserable y pequeña plaza? Los más discretos explicaron la conducta del comandante en jefe ruso, el mariscal Paskevitch, por medio de consideraciones políticas; y la verdad es que no se equivocaban. El gobierno austriaco se había asociado á las reclamaciones de las cortes occidentales, pero había retrocedido ante la gran responsabilidad de la guerra; y desde que el cañón de Silistria había retumbado tan cerca de su frontera, mostrábase inquieto, descontento, turbado. Por medio de una nota de 2 de junio había insistido cerca del gobierno de San Petersburgo para que fuesen evacuados los Principados, y algunos días después, el 14, había firmado con Turquía un convenio que le autorizaba para ocupar eventualmente la Valaquia. De este papel á un papel más activo no había más que un paso; era, pues, preciso apaciguar á este nuevo adversario: repasar el Danubio, retirarse detrás del Pruth y obligar á los aliados á llevar las hostilidades á otra parte, equivalía á suprimir todo el interés que pudiera tener el Austria en aquella lucha, á evitar que con el peso decisivo de sus fuerzas hiciera inclinar la balanza del lado de los enemigos de Rusia; este había sido el secreto de las resoluciones del zar.

Entonces se produjo una situación extraña, así en el orden político como en el militar. ¿Qué pedía desde hacía un año la diplomacia más que la evacuación de los Principados? Pues bien: el gobierno moscovita, cuando menos se esperaba, realizaba el sacrificio hasta enton-

ces reclamado en vano: los últimos batallones rusos desaparecían á través de la Moldavia y se disponían á pasar el Pruth y á ocupar de nuevo sus acantonamientos de Besarabia. Lógicamente pensando, la paz debía estar próxima, y sin embargo, nadie creyó en ella; á lo sumo circularon durante algunos días por el campamento inglés rumores de un armisticio. Todo el mundo comprendía que los poderosos ejércitos de Occidente no habían ido á tan lejanas tierras para reembarcarse sin dar algún golpe; pero este golpe, ¿dónde había de darse? En este punto no era menor la preplejidad, y la marcha de los acontecimientos desconcertaba las previsiones de los generales lo mismo que los cálculos de los diplomáticos. «Paskevitch me roba escapándose,» había exclamado Saint-Arnaud al saber que había sido levantado el sitio de Silistria; y esta exclamación ponía bien de manifiesto las ansiedades del comandante en jefe. Quedarse en Varna era imposible; para esto, más les hubiera valido á los ingleses no haber salido de Malta y á los franceses de Marsella; llevar la guerra á la Turquía Asiática y al Cáucaso era una empresa que á nada conducía, porque en aquellas regiones apartadas aun el triunfo habría sido poco remunerador; perseguir á los rusos en su retirada no parecía tampoco prudente, porque con ello se les acercaría á sus reservas, á sus depósitos, á sus almacenes, al paso que los aliados se alejarían del mar, que era su verdadera base de operaciones. En el entretanto el ejército aumentaba diariamente, gracias á nuevos desembarques de tropas: acababa de llegar la quinta división; ninguna enfermedad había disminuído aún los efectivos, y Varna, poco antes desolada por tantas calamidades, ofrecía el más animado aspecto. Alrededor de la ciudad, las tropas inglesas, acampadas en la orilla septentrional del pequeño lago de Dewna, y las francesas, escalonadas en las alturas de Franka, sentíanse poseídas de ardor y de confianza: «El ejército es magnífico, escribía en 4 de julio Saint-Arnaud; sólo nos faltan los rusos, que se van (1).» Esperar á los rusos, obtener una victoria decisiva y conquistar la paz, tal era el supremo deseo del mariscal, quien se aferraba á él con la impaciencia de un enfermo capaz todavía de un esfuerzo intenso á condición de que este esfuerzo sea corto y vaya seguido de un largo descanso. Pero ¿dónde combatir? ¿Dónde encontrar al enemigo? Entonces fué cuando las miradas, apartándose de las orillas del Danubio, se fijaron en Crimea.

III

Desde el mes de enero de 1854, el general Baraguey-d'Hilliers, embajador de Francia en Constantinopla, había recibido el encargo de practicar una información acerca de los medios de penetrar en Crimea y de las fuerzas defensivas de Sebastopol. Tres meses después, cuando el mariscal Saint-Arnaud había partido para Oriente, el emperador habíale designado la Crimea como uno de los objetivos posibles de la guerra; pero la idea del soberano parecía falta de fijeza, desde el momento en que el comandante en jefe podía, á su antojo y según las circunstancias, esperar á los rusos en el paso de los Balcanes ó desembarcar, bien en Odesa,

(1) *Correspondance*, tomo II, pág. 444.

bien en cualquier otro punto del litoral, ó, en fin, dirigiéndose á Sebastopol (2). Con tan vagas instrucciones, el mariscal, siguiendo el ejemplo de su soberano, había dejado volar su pensamiento entre varios planes, y su imaginación le había transportado varias veces á aquella península famosa, en donde nuestros ejércitos habían de cubrirse de gloria y de sufrir tantas contrariedades. «¡La Crimea!, escribía desde Marsella á su hermano en 27 de abril. Me hablas de la Crimea, esa joya con la cual sueño y que espero que la prudencia no me impedirá arrebatarse á los rusos (3).» «Cuando la escuadra se haya marchado, decía el 3 de junio desde Gallípoli, iré, si puedo, á echar una ojeada furtiva sobre Sebastopol; se me antoja que hay algo que hacer por allá (4).» Pero este proyecto grandioso le asusta tanto como le atrae; así, en otra carta fechada también en 3 de junio, encontramos las siguientes líneas: «La Crimea era mi idea favorita, pero he visto los embarques y los desembarques y entiendo que para llevar á cabo allí una expedición se necesitan largos preparativos, toda una campaña, cien mil hombres acaso y todos los recursos de las escuadras francesa é inglesa reunidas (5).» Los despachos que de París recibía no eran muy á propósito para acabar con las indecisiones del comandante en jefe: «Suponiendo que se levante el sitio de Silistria, escribale en 1.º de julio el mariscal Vaillant, no bajéis al Danubio, pues queremos que el ejército esté siempre dispuesto á embarcarse (6).» ¿Qué significaba este lenguaje enigmático?

Falto de dirección superior, Saint-Arnaud acariciaba la idea de una expedición á Crimea, la rechazaba y volvía á acariciarla. «Para tal empresa, decía con desaliento, se necesitan grandes recursos, y nosotros no tenemos ninguno;» pero un instante después su imaginación se exaltaba, y en estos momentos de confiado optimismo creía que todo podría terminarse en un mes, en dos á lo sumo, y que sería aquella una acción hermosa y brillante, algo así como una aventura argelina en un escenario mucho más vasto.

En Inglaterra fué donde se desarrolló y afirmó la idea de una expedición á Crimea. En el mes de marzo de 1854, el duque de Newcastle, secretario de Estado de la Guerra, había sometido al Consejo de la reina un plan de campaña concertado con el emperador y cuyo objetivo y coronamiento había de ser la toma de Sebastopol. Este proyecto, de momento abandonado, había sido resucitado á fines de mayo por lord Palmerston, que era entonces el ministro más influyente y el verdadero director de la opinión británica y que para hacerlo prevalecer había puesto á contribución la tenacidad y el entusiasmo que le caracterizan. «Dejemos, decía, que los rusos disfruten tranquilamente de los pantanos de la Dobrucha y pasemos desde Varna al gran arsenal del mar Negro.» El día 15 de junio dirigía á los miembros del gabinete un extenso memorándum que constituía un verdadero programa de operaciones

(2) Véase el *Monitor* de 11 de abril de 1855.

(3) El mariscal Saint-Arnaud, *Correspondance*, tomo II, página 417.

(4) *Correspondance*, tomo II, pág. 431.

(5) *Correspondance*, tomo II, pág. 431.

(6) Despacho de 1.º de julio (Camilo Rousset, *Guerre de Crimée*, tomo I, pág. 131).

militares y en el cual venía á decir en substancia: «No debemos en modo alguno atravesar el Danubio y penetrar en las llanuras insalubres de Valaquia; dejemos obrar á los turcos libremente en Circasia y en Georgia. Queda la Crimea, y este es nuestro lote. Pero sobre todo no aplacemos el ataque para el año que viene, porque de aquí á entonces el gobierno ruso tendría tiempo de fortificar Sebastopol y de aumentar su guarnición, y la empresa podría resultar mucho más difícil de lo que hubiera sido este año (1).» A las excitaciones que dirigía á sus colegas agregaba lord Palmerston extensas cartas que escribía al duque de Newcastle: «Nuestra única probabilidad de traer á Rusia á un acuerdo, decía con redoblado celo, consiste en obligarla á ello por medio de operaciones ofensivas, no defensivas (2).» Y tan confiado como lo era en sus horas de entusiasmo el mariscal Saint-Arnaud, también opinaba que unos pocos meses bastarían para dar cima á la empresa: todo habrá concluído antes del invierno, pensaba exaltándose con sus propias esperanzas, viendo ya conquistada la Crimea, firmada la paz y glorificada la bandera británica, y añadía, llevado de sus excesivas ilusiones: «Podremos disfrutar de una alegre Navidad y de un feliz principio de año (3).»

Lord Palmerston había dado el impulso, y la opinión pública respondió. Los comerciantes de la City y los accionistas de la Compañía de las Indias no cabían en sí de gozo pensando en la destrucción de Sebastopol y de la marina rusa del mar Negro, que en su ignorancia de las cosas militares consideraban tan fácil como ventajosa. «La toma de Sebastopol y la ocupación de Crimea: he aquí lo que debe indemnizar de todos los gastos de la guerra (4);» así hablaba el *Times*, y con él casi toda la prensa inglesa. Los personajes más fríos, los más dueños de sí mismos, los menos entusiastas de la guerra se asociaban al pensamiento común: «La política de Inglaterra, escribía el príncipe Alberto, no ha de consistir en enviar tropas al pantanoso territorio del Danubio ni á las esquilmas tierras de Valaquia; sino que su objetivo ha de ser la destrucción de Sebastopol, ese punto que realmente domina al mar Negro (5).»

Sólo faltaba comunicar á lord Raglán los propósitos del gobierno británico, y el duque de Newcastle los puso en su conocimiento por medio de un despacho fechado en 29 de junio, que contenía las siguientes instrucciones: bajo ningún pretexto debía el ejército inglés penetrar en Valaquia; todos los esfuerzos se concentrarían en una expedición á Crimea; nada se omitiría para una ejecución pronta del plan; y sólo la desproporción de las fuerzas ó una imposibilidad material podría hacer desistir de tan gran proyecto.

El día 14 de julio, el jefe del ejército británico conoció la voluntad de su gobierno, y Saint-Arnaud, que privado de direcciones positivas meditaba en aquel mismo momento una expedición contra Alapa, quedó

(1) *Life of viscount Palmerston*, por Evelyn Ashley, tomo II, págs. 60 y siguientes.

(2) Carta al duque de Newcastle de 16 de junio (*Life of viscount Palmerston*, por E. Ashley, tomo II, págs. 65-67).

(3) «*A merry Christmas and a happy new year.*» (Carta al duque de Newcastle).

(4) *Times*, 15 de junio de 1854.

(5) Carta al duque de Newcastle, de 29 de junio de 1854 (*Life of the Prince Consort*, por Teodoro Martín, tomo II, pág. 84).

sorprendido de aquel lenguaje tan concreto al que tan poco acostumbrado estaba, y olvidó sus propias objeciones, contento de salir de la incertidumbre, de adoptar al fin un partido, de caminar, después de tantas fluctuaciones, hacia un objeto determinado. Y no sólo asintió al proyecto, sino que le dió su más calurosa aprobación, mostrándose tan celoso en desarmar las críticas y allanar los obstáculos, que no parecía sino que la idea de la expedición le perteneciera. El día 18 de julio reuniéronse en consejo los comandantes en jefe de los ejércitos y de las escuadras; los almirantes Hamelin y Dundas expusieron algunos temores, pero la opinión general fué favorable, y al día siguiente el general Canrobert, el coronel Trochu, sir Jorge Brown y otros varios oficiales franceses é ingleses embarcábanse en el *Caradoc* para ir á reconocer las costas rusas y el sitio más á propósito para un desembarco. Mientras el buque se alejaba, Saint-Arnaud, entusiasmado con la nueva empresa y creyendo que sus equivocaciones habían concluído, escribía á su hermano: «Hermano, en secreto te digo que el 10 de agosto navegaremos con rumbo á Crimea (6).»

IV

En los mismos momentos en que el mariscal expresaba gozoso en su correspondencia íntima su confianza y su esperanza, Dios tenía suspendido sobre aquel pobre ejército el más terrible de los azotes.

En un principio, el estado sanitario de las tropas había sido satisfactorio, á pesar del cansancio de la travesía, del cambio de clima y de la defectuosa instalación de las ciudades turcas. En 15 de junio, sobre un efectivo total de 40.000 franceses, había 813 enfermos que eran asistidos en Gallípoli ó en Varna ó en los otros establecimientos hospitalarios de creación reciente; en primero de julio los hospitales contenían 1.099, á los cuales había que añadir los hombres ligeramente indispuestos que estaban en tratamiento en las tiendas de campaña (7). Como se ve, la situación había empeorado algo, pero hasta entonces no era anormal, teniendo en cuenta los rigores de la estación calurosa y sobre todo las múltiples influencias desfavorables que se dejan sentir en los ejércitos en campaña y que aumentan en éstos la mortalidad.

El cólera había estallado, en el entretanto, en Aviñón, Arlés y Marsella, en donde causaba ya bastantes estragos en el momento en que la quinta división, detenida largo tiempo en las costas de Provenza, se había embarcado para Turquía. El general Rostolán, comandante militar de Marsella, había previsto é indicado el peligro (8). Durante la travesía muchos soldados de aquella división fueron atacados por la terrible enfermedad, sucumbiendo algunos á bordo y siendo los otros desembarcados en Malta; y los gérmenes de la peste, llevados sin duda de Francia, encontraron terreno abonado para su desarrollo en los campamentos, en las am-

(6) *Correspondance du maréchal Saint-Arnaud*, tomo II, página 450.

(7) Doctor Scrive, *Relation médico-chirurgicale de la campagne d'Orient*, págs. 20, 55 y 56.

(8) General de la Motterouge, *Souvenirs et Campagnes*, tomo II, págs. 138 y 174.



VICTORIA I DE INGLATERRA Y SU ESPOSO EL PRÍNCIPE ALBERTO CON SUS HIJOS EN LA AZOTEA DEL PALACIO DE WINDSOR